

LA EDUCANDA,

REVISTA QUINCENAL

DE EDUCACION, ENSEÑANZA Y MODAS.



Año II.

Sábado 1.º de Febrero de 1862.

Núm. 27.

DOTES NATURALES DE LA MUGER

PARA LA EDUCACION.

Hemos dicho mas de una vez que la educacion, en el sentido mas lato de esta palabra, forma la parte mas esencial del destino de la muger; y como su cumplimiento exige una tarea lenta y laboriosa que ha de absorber completamente toda su actividad en cierto período de la vida, de aquí el que, aun cuando nosotros concedamos á sus facultades intelectuales y morales la suficiente aptitud para consagrarse á muchas ocupaciones públicas y privadas que enaltecen al hombre, y á ella la harian representar un brillante papel en la sociedad, creemos, sin embargo, que debe vivir apartada de ellas y concentrar toda su actividad en el cumplimiento de los deberes maternos y de cuantos la condicion de su sexo la impone en el hogar doméstico. Esta opinion no tiene su principal apoyo en las conciencias sociales, ni está dictada por el egoismo que pudiera atribuirse al hombre por conservar el predominio sobre la muger á favor de inconsideradas preocupaciones: está fundada en la condicion esencial de la muger, perfectamente caracterizada por las diferencias naturales que en ella se observan respecto al hombre, y que la constituyen en una aptitud especial de que él carece para realizar los mas delicados fines de la educacion.

Su naturaleza física, perfectamente determinada en un organismo delicado y susceptible, supone desde luego un destino muy diferente que el del hombre, en quien la fuerza

de sus miembros, la energía de sus movimientos y la dureza de su piel, están marcando el orden de ocupaciones á que ha de consagrar su vida.

Organizada la muger para el sentimiento, por el mayor desarrollo y mas exquisita susceptibilidad de su sistema nervioso en lo que á este orden respecta, viene á resultar muy apta para la observacion, la circunspeccion, la destreza y el amor á sus hijos: ¡dotes naturales de la mayor importancia para interesarse y sobrellevar con tino las delicadas y continuas ocupaciones de la educacion! Impresionable y móvil por naturaleza, suple muchas veces con la astucia lo que falta en talento y fuerza.

La timidez y la circunspeccion brillan en ella á favor de su característica debilidad, y de aquí nacen su previsora prudencia y la necesidad que siente casi siempre de acogerse al consejo y proteccion del hombre en todo lo que considera superior á sus fuerzas: ¡condiciones en alto grado apreciables para el agente en cuya mano está depositado en cierto modo el destino de las criaturas!

Su misma debilidad y el amor entrañable que su destino, á la vez que su condicion de madre la inspiran, la hacen enemiga de la lucha y la destruccion, reemplazando tan terribles instintos con los sentimientos de humanidad, benevolencia y caridad, que tan dulcemente llega á depositar en el corazon de aquellos á quienes educa con su tierno ejemplo.

La condicion de madre imprime tambien

á la inteligencia de la muger un sello particular que revela mas distintamente su aptitud para las tareas educativas. Porque ama lo concreto, y tiende por tanto á fijar las ideas sobre los hechos, haciéndolas encarnar en la inteligencia de los que enseña con el minucioso exámen á que la conduce su insaciable curiosidad, dando á todo una forma clara y determinada. Sus razonamientos se apoyan siempre en la percepcion rápida de una relacion ó de una verdad, de la que hace una deducción inmediata. Es en alto grado observadora, y se inclina por tanto mucho mas á la deducción que á la inducción; ventajas inestimables para los áridos problemas que hayan de resolverse en la educacion práctica, á la que enseña mas y de una manera mas sólida la deducción á que conduce la observacion sobre la naturaleza, que las mas ingeniosas inducciones.

A estas dotes que distinguen tan favorablemente á la muger para la gran obra de la educacion de la infancia, preciso es agregar su exquisita penetracion, que no la distingue del hombre menos que las anteriores, y dá desde luego á sus juicios, sobre el valor moral é intelectual de los que la rodean, un acierto de gran importancia para la aplicacion de los medios de educacion que la distinta condicion de los individuos reclama.

Previsora, amante del orden y de la economía, y aficionada á los detalles con una conciencia que raya las mas veces en puerilidad, la son agradables todas las pequeñeces que es preciso tener presentes en la educacion práctica, así como en la apreciacion de las circunstancias que tanto influyen para mantener á los niños en una línea de conducta conveniente.

La muger tiene desarrollado el sentimiento de lo bello en mas alto grado que el hombre, y de aquí la delicadeza de su corazon, su amor al bien y la veneracion que tiene á todo lo grande. Es recta, aplicada, con excelente gusto y grandes tendencias artísticas: dotes de mucha importancia para despertar por medio de la educacion sentimientos y facultades

que mas tarde se desnaturalizan ó se pierden.

De todo lo expuesto, se deduce que la muger atesora poderosos resortes y las mas bellas disposiciones para influir sobre el corazon, interesar la inteligencia y ejercer un imperio absoluto sobre la voluntad, contando con los seductores atractivos del ejemplo para completar su obra en la educacion; porque dulce y buena, atrae y cautiva, cuando prudente y sagaz no ha enseñado y convencido.

Tambien la es característica una tendencia marcada á la vida retirada, los cuidados domésticos y las graves atenciones de la maternidad.

Por la innegable movilidad que se advierte en la muger, se afirma que no puede dedicarse al sério y útil cultivo de las ciencias, ni á experiencias continuadas; pero no por esto se la niegan por nadie las dotes mas propias para descubrir y conocer todo lo que conduce á la realizacion de sus destinos. El grado de capacidad que alcanza, no la dá suficiencia para la elaboracion de grandes teorías; porque, como hemos dicho, se inclina siempre á lo concreto; pero en cambio puede hasta vencer las dificultades de los estudios serios en todo lo que dice relacion al hogar doméstico y á mejorar directa ó inmediatamente la condicion del hombre, sostener y procurar los goces puros, lícitos y honestos de la vida, á difundir y encarnar en nuestro sér las tendencias mas moralizadoras.

L. R. y P.

EDUCACION PRÁCTICA.

REFLEXIONES SOBRE LA INSTRUCCION DE LA MUGER.

I.

La instruccion es una conquista que eleva nuestra inteligencia y nuestro sér; que dá extension y energía á nuestras facultades y aumenta nuestro poder en el orden físico y moral. Por esta razon, y en justo tributo á la dignidad de la muger, no es prudente en absoluto imponer límites á su instruccion.

En oposicion á este principio, se nos dirá que de ningun resultado favorable es para la sociedad una vasta instruccion en las mugeres; porque las que han merecido hasta el dia la reputacion de sábias, han caido, casi todas, en el ridículo mas lamentable. Pero téngase en cuenta que mas bien ha sido efecto de sus pretensiones, que del grado de instruccion que han llegado á poseer. Por esta razon el cultivo de sus talentos debe guardar una perfecta armonía con el conjunto de su desarrollo; pues entonces se hallarán equilibradas sus tendencias, estarán libres de todo género de exageraciones, y la sociedad no las hará el blanco de las debilidades que de otro modo se manifestarian en las facultades poco cultivadas.

Todos los conocimientos que adquirimos, por variados y extensos que sean, sirven de medio para el cumplimiento de nuestro destino; pero la aplicacion de este principio es de tanta mas trascendencia en la muger, cuanto menos arbitrario y dependiente de causas y circunstancias voluntarias es el que le ha impuesto la naturaleza. Este es el de la maternidad; y para desempeñarlo dignamente, no puede menos de subordinarse la cultura intelectual de la muger á las exigencias de los deberes que especialmente la conciernen, es decir, á los que Dios la ha impuesto como de imperiosa obligacion de su sexo, que son los relativos á las condiciones materiales de la existencia de la familia, y á los de la primera educacion de sus hijos. Deberes todos cuyo cumplimiento la es tan fácil por su asídua presencia en el hogar doméstico, por lo bien que cuadran á su carácter y por la humildad de los actos que para ello ha de ejecutar.

Mas la instruccion que hoy sirve de preparacion á la infancia, ¿es tal cual conviene á la aptitud intelectual de la muger para el cumplimiento de los deberes que la esperan mañana? Considerada en su conjunto, reúne aparentemente las condiciones mas indispensables de extension y variedad que requiere para que, sometida despues á un cultivo acertado, la proporcionen el orden de conocimientos

que conviene á su destino. Pero ni en ese cultivo ulterior, ni en la aplicacion y perfeccionamiento gradual que las necesidades de la familia en que ha de vivir reclaman, considerados en su esencia, hallamos el acierto y armónica combinacion que facilitan la aptitud de que carecen y no pueden adquirir despues.

La muger está llamada á gobernar el interior de la casa, á mantener en ella el orden, la economía y la abundancia que su posicion le permita para hacer del hogar doméstico un lugar de bienestar, de paz y de contento para su marido y sus hijos. Bajo este punto de vista, la instruccion que necesita ha de ser tan variada como escogida en todos los ramos del saber que se relacionan con el cumplimiento de tan altos deberes, á fin de que, no solo brille en ella la aptitud práctica que proporciona un largo y escogido aprendizaje, sino el distintivo de todas las virtudes. A este propósito es indispensable el empleo de casi todo el tiempo que abrazan la infancia y la juventud en estudios y ejercicios directamente encaminados al objeto.

Tambien corresponde á la muger dirigir y realizar la educacion de sus hijos; y para destino tan importante son mas necesarios aun conocimientos muy variados y estudios de un orden hasta cierto punto sério y elevado.

Se advierte, empero, que la primera enseñanza de la muger, en la cual se refunde desgraciadamente para la generalidad toda la preparacion que recibe, si bien reúne los fundamentos de todos los estudios y ejercicios que convienen á su destino, pero á los cuales ha de seguir un cultivo esmerado para su completo desenvolvimiento, ni se hacen las distinciones que demandan las circunstancias y condiciones que aconseja el estado actual de la sociedad, ni se guarda la armonía que como ley general debe presidir siempre para conseguir de los seres que se educan la aptitud general que necesitan y la especial del destino á que se consagran. Por ese espíritu exagerado con que ordinariamente se acogen las grandes reformas, sucede hoy en la educacion de la

muger en su infancia, que, abandonada y casi nula antes su instruccion literaria y científica, se propende ahora á darla una perniciosa preferencia, haciéndola ridícula en la extension, la forma y medios con que se trasmite. Así, no solo se rompe la armonía que para la instruccion de la muger ha de guardarse entre todos los conocimientos que la hacen apta para los dos objetos capitales é inmediatos que acabamos de indicar en su destino, sino que se la aparta mas y mas de la posibilidad de ocupar algun dia la condicion social que por este concepto la corresponde.

Al instruir á la muger, no debe perderse de vista que está llamada á una posicion llena de dolores y peligros, que, unidos á los incesantes cuidados de la casa, la obligarán siempre á renunciar á la vida exclusiva de la inteligencia, para la que no le quedará tiempo suficiente sin detrimento de sus obligaciones. Debe, sin embargo, entregarse al cultivo de todos los conocimientos y talentos que hubiere adquirido para reunir la aptitud necesaria al cumplimiento de su destino.

El defecto que hemos advertido en la enseñanza actual de las niñas, se presenta aparentemente conciliado con un esmero laudable por las labores propias del sexo. Mas, á pesar de esto, se nota bien claramente el vacío de una preparacion adecuada al lleno de los deberes domésticos, y la no muy acertada aplicacion de esas mismas labores á las verdaderas y mas imperiosas necesidades de la vida de familia. El lujo y la moda han invadido tambien este delicado terreno, y en las labores que se enseñan á las niñas desaparece lo útil y sólido, á expensas de lo fútil y ligero que prepondera en ese crecidísimo número de trabajos que se destinan al adorno y brillo de los accesorios.

Para establecer, pues, una base fundamental y sólida en la primera enseñanza de las niñas, sobre la que pueda venir despues en la juventud un desarrollo de inmediata aplicacion á las necesidades de la vida doméstica, es indispensable fijar convenientemente el

equilibrio que han de guardar los ejercicios de preparacion especial del sexo con los estudios ó instruccion literaria y científica, con que la muger ha de cultivar acertadamente sus talentos. Esta base ha de estar exenta del carácter que hoy tiene la enseñanza de nuestros establecimientos, y completamente emancipada del gusto y caprichosas inclinaciones de las niñas, que móviles por su naturaleza é impresionables á todo lo que es deslumbrador, se dejan cautivar fácilmente por ocupaciones y estudios que no suelen ser los mas útiles. Los padres, que en relacion con su posicion conocen mejor los estudios y trabajos que han de ser útiles y necesarios en su dia para que sus hijas reúnan la instruccion y aptitud que conviene á la muger de su clase, han de iniciar esta base, de modo que en ella se reúnan los elementos de la cultura intelectual conciliable con la vida mas ó menos laboriosa á que la hayan de obligar las necesidades. Mucho habrán de tener para esto de prudentes y precavidos; pero, sin embargo, no nos parece tan árduo, y en prueba de ello, aunque sin descender á detalles, trataremos de indicar los principios bajo los cuales pueden llenar este delicado deber.

L. R. Y P.

REGLAS PARA LEER Y RECITAR.

(Conclusion.)

No basta leer de una manera clara y sencilla ó natural, es necesario hacer sentir lo que se lee. Pero esto no se puede exigir á una niña tan fácilmente, en lo que dura su primera enseñanza, sin embargo de que cuando se aproxima á la mitad de ella, ya podemos aspirar á resultados algun tanto visibles en este punto; porque está en edad de comenzar á sentir, y puede hacer sentir á los demás la intencion de lo que recita ó lee. Entonces podrá dar el énfasis á la lectura, á no ser que se lo impida el error, algun tanto frecuente, de que la sencillez á que se la viene acostumbrando no es compatible con la fiel expresion del sentimiento; pero este error se vence con una facilidad suma. Cada sentimiento, el

amor filial, el amor maternal, el dolor, la alegría, exigen una inflexion particular de la voz, pero sin necesidad de que constituya un tono afectado y declamatorio. La madre procurará favorecer la expresion de los sentimientos en la lectura y el recitado de su discípula, pero respetando siempre la naturalidad.

Réstanos examinar, en la lectura y recitacion, las condiciones mas importantes; porque además de constituir sus mejores elementos materiales, forman como su vida y expresion, en tanto que guian para llenar con acierto todas las demás.

En todas las lenguas hay sílabas largas y sílabas breves que entran á constituir la naturaleza prosódica de las palabras, y que es preciso marcar bien en la lectura para no destruir la armonía de la expresion de lo que se lee, ni caer en una pronunciacion viciosa. Afortunadamente es en nuestro idioma harto sencilla la base fundamental de su entonacion, por lo que hace á la cantidad de las sílabas y acento prosódico, si bien se hacen luego tanto mas difíciles los diferentes matices, por decirlo así, de sus inflexiones, por lo delicados que son. Conviene á la uniforme pronunciacion de la lengua española, y para evitar los defectos á que nos exponen sus actuales y antiguos dialectos, no solo notar bien las sílabas largas y breves, sino cuidar al propio tiempo de no alterar, omitir, sustituir ó adicionar en ellas las letras consonantes; porque estos vicios, fáciles de evitar en la edad temprana, se hacen incorregibles cuando han entrado en el lenguaje habitual y pasan desapercibidos en la lectura. Conocida en nuestras palabras la sílaba larga, lo están naturalmente las breves; porque lo son todas las demás que la forman, y aquella se distingue perfectamente por el acento ó vírgula que la determina, si el escrito que leemos es correcto. Así, pues, hágase conocer á la niña el acento; aprenda bien que la vocal sobre quien recae es larga en su pronunciacion, y sabrá que en ella ha de emplear mas tiempo que en todas las demás de la palabra, alargando su sonido. De este modo conocerá lo que prosódicamente se llama cantidad de las sílabas, á la que vá unido el acento llamado prosódico, que no es mas que la elevacion que ha de darse á la voz en la pronunciacion de aquella sílaba que por su duracion reclama mayor tiempo que las demás: viniendo á resultar, que bajo un mismo signo tenemos representados los dos elementos que constituyen la entonacion de la lectura. Para dar esta fácilmente en nuestro idioma, basta tener presente, como regla

fundamental, que *en la sílaba acentuada se elevará un poco la voz, al mismo tiempo que se prolongue su sonido, empleando mas tiempo en pronunciarla; y en las palabras que ninguna de sus sílabas llevan acento escrito, se entiende que lo reclama en la penúltima, á la cual se aplica esta regla.* Para establecer sobre este punto provechosos ejercicios, conviene presentar á las niñas ejemplos de los escritores mas correctos, y marcar bien en ellos todas las sílabas en que se han de hacer inflexiones prosódicas cuando se lean.

La tranquilidad en la lectura se apoya en la aplicacion exacta del valor que tienen los signos de puntuacion.

Es necesario que las niñas conozcan bien estos signos, distingan perfectamente su valor relativo, y que hagan los descansos indispensables sin alterar las demás condiciones de la lectura. Para mejor conseguir esto, recomendamos á las madres y profesoras un medio sencillo que hemos visto emplear con gran éxito en algunas escuelas primarias. Consiste este en que la discípula, siempre que leyendo llegue donde hay una coma, interrumpa su lectura el tiempo necesario para contar en voz baja *uno*; que cuente del mismo modo *uno, dos*, cuando encuentre punto y coma, dos puntos, interrogacion y admiracion; y que cuente hasta *tres* cuando haya punto final. Este medio, que tiene mucho de mecánico, no será necesario despues de algunos ejercicios; porque las niñas habrán adquirido el hábito de descansar debidamente en su lectura y recitado.

R.

LA RESIGNACION.

Despues de haber pasado alegremente las primeras horas de la noche un padre con su familia, se habia acostado muy satisfecho, y disfrutaba ya largo rato las dulzuras de un sueño apacible, cuando fué despertado repentinamente por un ruido sordo que oyó á su alrededor. No pudo al pronto comprender de dónde provenia; pero tan luego como abrió bien los ojos, vió que su casa estaba incendiada y que las llamas empezaban á penetrar por las ventanas de su habitacion. Se levantó precipitadamente, despertó á su esposa, tomó en brazos su pequeña Sofia, de la mano á su hijo Enrique, y huyó de los remolinos de llamas y de humo que le perseguian. Nada mas pudo salvar: sus ropas, sus muebles, su dinero, todo fué consumido. Apenas pasó el umbral de la puerta, los techos se desplomaron con un estruendo espantoso.

Aquel pobre hombre, su muger y sus hijos se encontraban casi desnudos en medio de una multitud de gente que acudía de todas partes á extinguir el incendio. Oíanse rechinar sus dientes y chocarse sus rodillas una contra otra, de frío y terror. En el primer sobresalto, el padre no supo qué partido tomar; pero se acordó de que tenía un primo en el extremo opuesto de la población, y se apresuró á ir á pedirle un refugio para su familia y para él.

Allí fueron acogidos con el mayor agrado, pues la señora de la casa, luego que los vió en tan deplorable estado, corrió á buscar vestidos, y se los presentó; mandó encender un gran fuego para los pobres niños, casi transidos, y les hizo tomar, con mucho trabajo, algunas gotas de un licor para reanimar sus fuerzas.

Al día siguiente, el padre se levantó muy tarde, porque la agitación de la noche precedente no le permitió el menor descanso hasta el amanecer. Fué á ver á sus hijos, que estaban ya despiertos, y los encontró llorando: este espectáculo le oprimió tristemente el corazón; pero en fin, habiendo reunido todas sus fuerzas para dominar su turbación, les dijo: Hijos míos, ¿por qué llorais?

SOFÍA.—¡Ay papá mío! ¡mis vestidos, mis juguetes, todo se ha quemado!

EL PADRE.—Pero ¿no os ha quedado nada?

ENRIQUE.—¡Nada, nada en el mundo!

EL PADRE.—Miradme, hijos míos, y decid si os ha quedado algo.

SOFÍA.—¡Ah! sí, Enrique, nos quedan papá y mamá.

EL PADRE.—Mucho os queda todavía: nunca os abandonaremos: partiremos con vosotros hasta nuestro último pedazo de pan. ¡Cuánto riesgo habeis corrido de perdernos! ¿Quién puede haberos salvado de esta desgracia?

SOFÍA.—Nadie sino Dios, papá mío.

EL PADRE.—Tienes razón. Dios, que vela por los pajarillos, ha querido también salvar á mis hijos. Así, pues, ¿por qué llorais, si Dios se ha declarado vuestro protector? ¿No es él quien me había dado mis bienes?

ENRIQUE.—Es verdad; pero ¿por qué se los ha quitado á usted?

EL PADRE.—No me corresponde pedirle cuenta de sus designios: ha dado á conocer su voluntad, y debo someterme á ella en silencio.

SOFÍA.—¿Su voluntad, papá? ¿Puede Dios querer alguna cosa mala?

EL PADRE.—Nó, hija mía, no puede; y puesto que me priva de los bienes que me había dado, creo que esta pérdida entre en la sabiduría de su Providencia, y que pueda sernos conveniente.

ENRIQUE.—Papá, usted me ha permitido que le diga lo que pienso en todas ocasiones. Yo no puedo creer que el incendio de nuestra casa pueda sernos útil en algo; si esto fuese así, no estaría usted tan triste.

EL PADRE.—¿No te acuerdas que una vez te rompí tu tambor? ¿Creías tú entonces que aquello fuese bueno para tí?

ENRIQUE.—En el primer instante, nó; pero luego comprendí que era por mi bien, porque aquel tambor era causa de que yo fuese importuno á todo el mundo, y me exponía con frecuencia á desobedecer á usted.

EL PADRE.—¿Por qué no lo comprendiste desde luego?

ENRIQUE.—Porque yo era muy niño.

EL PADRE.—Pues bien, querido mío, los hombres no somos sino muy niños ante Dios. Me entristece el haber perdido mis bienes, porque no sé todavía en qué podrá esta desgracia ser buena para mí; pero algún día comprenderé seguramente que ha sucedido porque me conviene.

SOFÍA.—¡Ah! si yo lo creyese, pronto me consolaría.

EL PADRE.—Podeis creerlo, hijos míos; pero veamos, consultemos. En la situación en que me veo, sin saber cómo manteneros, ¿qué debo hacer?

ENRIQUE.—Es necesario dirigirse á nuestra prima y suplicarle que nos tenga en su casa.

EL PADRE.—Pero ¿puedo yo pedirle que os mantenga y os dé lo que necesiteis?

SOFÍA.—¿Por qué nó? ¿no es nuestra prima? ¿Y no hubiese usted hecho otro tanto en su lugar?

EL PADRE.—Es verdad; pero ella tiene tres hijos, y no es, ni con mucho, tan rica como yo era anoche.

ENRIQUE.—Pues no sé yo á quién nos podamos dirigir.

EL PADRE.—¿Has olvidado ya quién me había dado todo lo que yo tenía?

ENRIQUE.—Dios.

SOFÍA.—¡Ah! sí, papá mío, bien veo que á él solo será necesario recurrir.

EL PADRE.—Eso es lo que quiero hacer. Le pediré á cada instante con todo mi corazón, y le diré: ¡Dios de bondad, vos que alimentais los pajarillos, dadme también los medios para alimentar á los hijos que me habeis dado!

SOFÍA (*abrazándolo*).—¡Oh! ¿qué bueno es usted, papá mío!

ENRIQUE.—¿No ha rogado usted siempre á Dios de esta manera?

EL PADRE.—Siempre, querido mío, como tú me pides todas las mañanas que te dé de almorzar; pero ¿recuerdas lo que te sucedió el año pasado cuando saliste tan temprano con mi criado para ir á una legua de aquí á ver pasar un regimiento? El bullicio os separó, la nieve te sorprendió, perdiste tu camino, y volviste muy tarde á casa muriéndote de frío y de hambre. Me parece que entonces me pediste de comer con otro tono que de ordinario.

ENRIQUE.—Es verdad, me acuerdo que le pedí á usted

con mas instancias, porque sentia una necesidad que me devoraba.

EL PADRE.—Y yo tambien, cuando considere la necesidad en que nos encontramos, pediré á Dios con mas fervor: ¿Qué vale mas para nosotros, su gracia, ó los bienes que he perdido?

SOFÍA.—No hay que dudar, papá mio.

EL PADRE.—Tienes razon; porque todos los bienes del mundo no pueden hacer dichosa mi vida, ni consolarme y tranquilizarme en la muerte; pero la gracia de Dios puede obrar todo esto. Si por la pérdida de mis bienes solo ha querido el Señor unirme mas estrechamente á él, y penetrarme mas del temor y del amor que le debo, esta pérdida ¿no será un bien para mí?

ENRIQUE.—Le confieso á usted, papá, que todavía no puedo comprenderlo.

EL PADRE.—Ahora lo comprenderás mejor. ¿Has olvidado que te he reprendido algunas veces, cuando dejabas crecer las malas yerbas en el jardinito que yo te habia dado á cultivar?

ENRIQUE.—¡Ay, papá, de qué me habla usted! ¡Mi pobre jardin estará cubierto de escombros y carbones!

EL PADRE.—Espero que podamos aun restablecerlo. Pero, dime sinceramente, ¿por qué descuidabas tan á menudo el cultivo de tu jardin?

ENRIQUE.—Yo creia no tener necesidad de ejercitarme en el trabajo siendo usted rico.

EL PADRE.—En eso pensabas con mucha ligereza. El trabajo nos dá fuerza, apetito y salud; nos libra del hastío y hace nuestro sueño mas dulce y mas profundo. Por gozar de sus beneficios, trabajaba yo todos los dias un par de horas por lo menos, ya en mi jardin, ya en mi torno. Si hubieses renunciado á tu trabajo, te hubieras hecho débil, habrias perdido el apetito y la alegría, y tu sueño hubiera sido penoso. Con toda la riqueza que tú me suponias, ¿hubiera sido feliz?

ENRIQUE.—¡Ay! seguramente que nó. ¿De qué sirve el dinero si no se tiene salud para gozarlo? ¿De qué sirve un buen lecho si no se tiene sueño?

EL PADRE.—Ahora que me ves pobre, ¿no te aplicarás al trabajo con mas ardor?

ENRIQUE.—Sin duda que sí; y á él me habituaré muy pronto.

EL PADRE.—Y con él estarás mas robusto y mas sano. ¿Ves ahora cómo la pérdida de nuestros bienes puede sernos útil?

ENRIQUE.—Empiezo á comprenderlo mejor.

En esto vino un criado á decirles que estaba servido el almuerzo. Pasaron al comedor, y luego que la desgraciada familia hubo recuperado fuerzas en la mesa, el padre rogó á su prima que le permitiese ir al jardin á dar un paseo con sus hijos. Despues de haber dado algunas vueltas, Sofía y Enrique se manifestaron algo alegres.

Era á principios del otoño, y los árboles se encorvaban con el peso de sus frutos. Veíanse aquí hermosos albarchigos; allí, manzanas del mas bello bermellon; mas allá, avellanas saliendo de sus verdes cáscaras. A lo largo de una pared, expuesta al Mediodia, extendíase una parra moscatel, cuyos dorados racimos atraian las miradas de los niños, haciéndoles la boca agua. Viendo á estos el padre en disposiciones tan favorables, les dijo:

Queridos míos, ¡qué jardin tan hermoso! ¡Qué frutos tan deliciosos tienen estos árboles y estas parras! ¿Sabeis quien los ha cultivado?

SOFÍA.—Nuestro primo; él mismo; yo le he visto algunas veces trabajar en sus horas de recreo. Yo estaba un dia mirando cómo manejaba su podadera, y me dijo: ¿Ves, mi querida Sofía? con esto tendrá buenos racimos: si vienes á verme este otoño, te daré todos los que quieras.

EL PADRE.—Sí, hijos míos, vuestro primo es quien tiene este jardin en el buen estado en que se halla. Ya veis cuál es el fruto del trabajo. Si vuestro primo hubiese sido perezoso, las parras no hubieran tenido moscateles, y los árboles hubieran sido roídos por las orugas: en estos cuadros, donde veis tan hermosas lechugas, hubieran nacido yerbas silvestres. Por mi parte, como sabeis, trabajé todo el año pasado en mi jardin, y sin embargo hubo pocos frutos y las uvas no llegaron á su perfecta madurez. ¿De qué procedia esto?

ENRIQUE.—Usted nos dijo entonces que fué por causa de las fuertes heladas de la primavera y de las lluvias continuas del verano.

EL PADRE.—¿Y quién envia las lluvias y las heladas?

SOFÍA.—Dios.

EL PADRE.—Si esta última primavera hubiera sido tan fría y el verano tan húmedo, ¿hubiéramos visto tan grande abundancia?

ENRIQUE.—Ciertamente que nó.

EL PADRE.—Y esta dulce abundancia, ¿á quién la debemos?

SOFÍA.—Al que nos habia enviado la esterilidad.

EL PADRE.—Bien veis lo que Dios hace con su poder. Nos privó de los frutos el año pasado, y nos los dá este año con largueza. Tambien me ha privado de mis bienes; pero ¿no puede devolvérmelos como me los ha quitado?

ENRIQUE.—Nada mas fácil al dueño de la tierra.

EL PADRE.—Descanso en esta dulce confianza. ¿No habeis leído en la Sagrada Escritura la historia de un hombre que habia perdido todos sus bienes, y que, por bendicion del Señor, recibió luego mas que cuanto habia perdido?

ENRIQUE.—Me parece que fué Job.

EL PADRE.—Sí, así se llamaba; pero ¿por qué le hizo Dios la gracia de que fuese mas rico que antes?

ENRIQUE.—Porque habia tenido paciencia y piedad.

EL PADRE.—Seamos, pues, piadosos y pacientes. Oremos con fervor, trabajemos con buena voluntad, y no solamente nos sostendrá Dios en nuestros trabajos, sino que pronto dejará correr para nosotros un manantial de alegría.

ENRIQUE.—¡Oh! si yo pudiese creerlo, ¡qué poco echaria de menos lo que hemos perdido!

SOFIA.—¡Y yo! pero, papá, ¿por qué cree usted que Dios hará tan buenas cosas en nuestro favor?

EL PADRE.—Porque me fundo en sus promesas; porque él mismo dice en la Escritura: Enviad todas vuestras inquietudes hasta el Señor, porque él vela por vosotros.

La confianza religiosa del padre no fué engañada. Pronto vió cumplirse en sus hijos la promesa de Dios. Sofia y Enrique recibieron la mas útil enseñanza de la desgracia que habian experimentado; se dedicaron con un ardor extraordinario al estudio, y empleaban todas sus horas de recreo ayudando á sus padres en sus tareas. Sus oraciones fueron tambien mas fervientes que de ordinario, porque vieron que ya nada tenian que esperar sino del favor del cielo. Tuvieron que pasar dos años con penuria; pero su constancia nunca se desmintió en esta larga prueba. Despues de haber reunido todos los restos de su fortuna, el padre se retiró con su familia á una pequeña vivienda en la extremidad de un arrabal. La medianía de sus recursos apenas hubiera bastado á otro para la subsistencia de su familia; pero con su templanza y economía, supo proveer á la educacion de sus hijos. Los hombres habian olvidado sus servicios y ninguno pensaba en interesarse por él; pero la Providencia se habia reservado el cuidar de su suerte. Subió al ministerio un patricio virtuoso que conocia mejor que nadie el talento y la rectitud de este hombre respetable, y el primer uso que hizo de la confianza de S. M. fué proponerlo para un empleo distinguido que acababa de quedar vacante. Instruida en la escuela de la desgracia aquella familia, no perdió el fruto de sus lecciones en la prosperidad; y sus dias corrieron felices con el olvido de la indiferencia de los hombres y la memoria tierna y constante de los beneficios de Dios.

T.

ORGULLOSOS Y ORGULLOSAS.

(Cuento mitológico.)

Un delicioso dia del mes de julio, los pastores del monte Himeto, que acababan de coger la miel de sus colmenas, encontraron, acostado en medio de las flores, un hermoso niño dormido, que, débil, sin auxilio ni defensa, sonreía soñando en presencia de la muerte, pues una

enorme serpiente, levantada sobre sus últimos anillos, flechaba ya su lengua venenosa contra él.

Matar el ménstruo fué para ellos tarea de un instante, y al ruido despertó el lindo niño, que los miró tendiéndoles los brazos.

A tan inocente demostracion correspondieron colmándole de caricias; le dieron miel y leche; y viendo que estaba solo, y al parecer abandonado, los buenos pastores se lo llevaron y lo adoptaron.

El mas venerable de aquellos pastores, vivamente interesado por él, con tierno cariño le felicitaba con frecuencia por el feliz destino que, lejos de los tormentos de la fortuna y de la grandeza, habia confiado su infancia al asilo campestre, morada de paz y de inocencia; y esto no obstante su elevada cuna, lo cual llegaron á saber muy luego.

Porque algunos dias despues que aquellos sencillos y virtuosos pastores recogieron al precioso niño, encontrado en el monte Himeto, un bello jóven con la frente ceñida de laurel de oro, vino á decirles que era el padre del lindo adoptado, y que se llamaba Apolo, dios de la música.

—Yo deseaba, les dijo, que mi querido Faetonte (así se llamaba el niño) recibiese una educacion modesta, y que viviese en el campo para fortificarse; por eso lo hice colocar en vuestro camino, sabiendo muy bien lo que habia de suceder. Enseñadle, pues, sobre todo, la modestia, os lo ruego, porque su madre es hija de rey, y además muy ambiciosa; y por sustraerlo á su influencia, os lo he confiado: tened gran cuidado con él, y obtendreis recompensas que excederán á vuestros deseos.

Bien se comprende que esta última recomendacion era inútil para aquellos hombres honrados, y el pequeño Faetonte crecía entre ellos, querido y mimado de todos, excepto, sobre este último punto, del juicioso mayoral de los pastores, que á menudo lo sentaba en sus rodillas, y estrechándolo en sus brazos temblorosos le decia:

—Hijo mio, entras en la vida por una senda cubierta de flores; tus ojos jamás han derramado lágrimas, ignoras el dolor, y nadie mira con envidia tus inocentes alegrías. Ten, pues, desde hoy, y conserva siempre, la confianza de que la felicidad consiste en la sencillez de los deseos, y que la ambicion es el gusano roedor de la vida....

Pero ¡ay! estas palabras se dirigian á un alma enferma. El corazon de Faetonte abrigaba el germen del orgullo, la mas terrible de las pasiones, y el hermoso niño, mimado por sus demás amigos, no tenia voluntad para corregirse tan peligrosa propension.

Gozaba, como si fuese dueño absoluto, de las flores de los campos, de los frutos y de los rebaños; pero no ignoraba que tenia otro poder, y con frecuencia se consi-

deraba desgraciado en su rústica sencillez; así, cada vez que Apolo iba á verlo, le pedia por gracia que se lo llevase consigo, y olvidando los beneficios que le habian prodigado los pastores, pues la ingratitud es una de las consecuencias naturales del orgullo, casi se sonrojaba, considerándose como humillado de tener que vivir entre ellos.

Apolo rechazaba esta reiterada súplica; y siempre con el corazon dolorosamente oprimido, se separaba del hijo en quien habia puesto tantas esperanzas.

Un dia, que mas tristemente preocupado que de costumbre, el dios de la música bajó del monte Himeto, se extravió regresando á su casa, y anduvo tanto y tanto, que cayó rendido de cansancio á la orilla de una fuente; allí se abismaba en sus sombríos pensamientos, cuando de repente se sintió sorprendido por una melodía encantadora que venia de lo alto de la montaña.

Aplica el oido, escucha, se levanta, y á toda carrera se lanza por una senda guarnecida de mirtos y laureles-rosas, en busca de los divinos músicos cuyos acordes le conmovian el alma. Cuanto mas se acerca, mas se posee del encanto de la armonía su corazon; pero se detiene súbitamente al ver, á la sombra de unos naranjos cubiertos de frutos y flores, un grupo de bellísimas jóvenes, coronadas de laureles, sentadas en un anfiteatro de verdura, con diversos instrumentos en sus manos, y llenando de undulaciones sonoras el aire con sus acordes y sus cantos.

A la vista de Apolo, suspenden aquellas jóvenes su divino concierto, y llenas de rubor y turbacion bajan los ojos; pero el dios, aproximándose á ellas y saludándolas con elegante cortesía, les dijo:

—Soy Apolo, el hijo de Júpiter y de Latona, y tambien vuestro mas humilde servidor.

—Y nosotras, respondieron ellas levantándose y haciendo una linda reverencia, nos llamamos las *Musas*, y somos hijas de Júpiter y de la bella Mnemosina.

—Pues entonces soy vuestro hermano, añadió jovialmente Apolo contemplando á tan preciosa familia; abracémonos para hacer mas íntimo conocimiento, dijo subiendo al anfiteatro y acercándose á sus hermanas, que correspondieron afectuosamente á esta demostracion: así, pronto fueron los mejores amigos del mundo, porque la fraternidad de las artes, unida á la de la sangre, engendrará entre ellos una de las dulces intimidades que se conservan siempre.

Luego que se hubieron abrazado, las Musas cubrieron de guirnaldas la frente de Apolo, le tomaron su lira, y le rodearon de las plantas mas raras y aromáticas; despues, tomándose de la mano en círculo, bailaron alrededor de él, cantando palabras cuyo conjunto era un ritmo poético que celebraba todas las glorias de tan amado hermano.

Cuando acabaron de bailar, se sentaron y se pusieron á conversar.

—¿Estábais dando ahora poco un concierto? les dijo Apolo.

—Nó, respondieron ellas sonriendo: era un ensayo.

—¡Un ensayo! respondió el joven dios; ¿quereis decirme de qué?

—Ensayo de una competencia singular á que hemos sido llamadas por unas orgullosas, añadieron encogiéndose de hombros con desden.

—¡No comprendo! volvió á exclamar Apolo con el mismo tono.

—Yo os aclararé este asunto, dijo una de las Musas que se llamaba Caliope, tomando ella sola la palabra por un instante: hay unas jóvenes, hijas de Pierus, rey de Macedonia, que tocan y cantan, y como son tantas como nosotras, se consideran rivales nuestras. Nos han enviado mensajeros proponiéndonos una apuesta, que nosotras hemos tenido la cortesía de aceptar, apuesta que temo tendrá graves consecuencias para esas orgullosas..... «Si sois vencidas, nos han dicho en nombre de ellas, cedereis á las hijas de Pierus el monte Parnaso y las orillas floridas de Hipocrene; pero si la victoria es vuestra, ellas os abandonarán los risueños valles de la Tesalia y se irán á otra parte á buscar fortuna.»

—¿Y vosotras habeis aceptado ese necio certámen? dijo Apolo riéndose.

—Sí, pero por burlarnos de ellas, respondieron con el mismo tono las Musas, poco benévolas.

—¿Cuándo vendrán esas señoritas? preguntó el joven dios.

—Hoy mismo, ahora quizá, contestaron las burlonas; y estamos bien, porque sereis nuestro juez, ¿no es así?

—¡Con mil amores! pero cuidado con mi imparcialidad, dijo Apolo amenazándolas alegremente con el dedo.

En el mismo instante llegaron nueve jóvenes, lindísimas en verdad, que llevaban como las Musas una corona de laurel en la cabeza, é instrumentos de oro en sus blancas manos.

Saludáronse recíprocamente; las Musas presentaron á Apolo como hermano; las hijas de Pierus lo aceptaron por su juez, y el concierto principió.

Las princesas cantaron juntas el combate de los Titanes, la gloria del gran Júpiter, los placeres campestres, las aves, los arroyos, la verdura, etc., y esto con tanto gusto y encanto, que Apolo experimentó un verdadero placer en oirlas, y á menudo se dejó llevar, á su pesar, hasta aplaudirlas.

Luego que las hijas de Pierus concluyeron, *Erato*, una de las Musas, se encargó de contestar, pues sus nobles hermanas creyeron indigno de ellas el ponerse todas contra tan débil parte; y apenas la oyó Apolo, el canto

de las princesas no le pareció ya sino monótono y sin la menor gracia.

—¡Qué horrible defecto es el orgullo! decía para sí: estas jóvenes lucirían mucho si compitiesen con las que están á su altura; pero ¡tomarla con las estrellas para rivalizar! ¡qué locura!... Así serán castigadas, respondo de ello, y solo tendrán lo que merecen.

Pero mientras que Apolo se hacia esta reflexion, la noble Erato cantaba la aventura de Deucalion y Pirra, que voy á traducir á mi manera.

«El gran Júpiter, irritado contra la maldad de los hombres, convirtió la tierra en una mar inmensa. Las mas altas montañas fueron cubiertas por el agua, excepto una, cuya cima se elevaba sobre las olas: el monte Parnaso, en el cual estais ahora, dijo Erato, haciendo un donoso saludo con su linda y rubia cabeza.

«Sobre aquella inmensa y líquida llanura flotaba, abatiendo el rumbo en medio de árboles arrancados de raíz, casas derribadas, hombres y animales ahogados, una frágil barca, juguete de los furiosos aquilones, que llevaba una pareja feliz y respetable, é iba dirigida por una bellísima jóven llamada la *señorita Virtud*, doncella que, habiendo vivido siempre con ellos, procuraba salvarlos, en vez de volver á tomar vuelo hácia el cielo, su pátria.

«Gracias á esta preciosa bajelera, *Eolo*, general en jefe de los vientos, condujo la ligera embarcacion á la cima del monte Parnaso, y, para mostrar á la virtuosa pareja, llamada Deucalion y Pirra, que no debía pensar en ir mas lejos, volcó de un aletazo la barquilla, y los dos buenos ancianos se vieron obligados á salir de ella temblando.

«Entonces, dirigiendo á lo lejos sus miradas, se quedaron helados de terror al no ver mas que una vasta tumba en que todo el género humano estaba sepultado.

«Las aguas decrecian y ya iban descubriéndose las colinas y los valles mas altos; pero por todas partes la naturaleza estaba inanimada, como los hombres, y solo el silencio habitaba el universo.

«Deucalion tendió entonces los brazos á su compañera, y con el corazon desgarrado y los ojos llenos de lágrimas, le dijo con voz muy conmovida: ¡Oh mi muy amada! ¡por qué ha de haber helado la edad nuestros sentidos sin que nos hayamos visto revivir en hermosos y buenos hijos que hoy serían nuestro consuelo! ¡Ay, que vamos á morir solos y los últimos de este mundo!...

—«Los dioses son siempre justos en sus decretos, respondió la juiciosa Pirra; vamos á adorarlos y á darles gracias en vez de quejarnos.

«Y diciendo esto, señalaba con la mano á su esposo un templo abierto, donde una diosa muy severa, llamada *Temis*, tenia sus oráculos, á pesar del trastorno que se habia efectuado alrededor de su casa.

«Deucalion aprobó el consejo de su virtuosa compañera, y ambos, abrazados como para estar mas unidos, entran en el santuario, y postrados tocan humildemente con su frente la grada de mármol que conduce al altar de la diosa.

«Entonces la tierra tiembla, la bóveda se quebranta, y una voz pavorosa pronuncia estas extrañas palabras:

—«¡Salid presto de este lugar; cubrios el rostro; tirad por detrás de vosotros los huesos de vuestra madre, y los dioses quedarán satisfechos!»

«Deucalion y Pirra se levantan temblando, y sabiendo interpretar la voluntad de la diosa, salen del templo, se cubren ambos la cabeza con un espeso velo, y atraviesan juntos el vasto desierto que se extiende delante de ellos, tirando hácia atrás las piedras que salían del seno de la tierra, nuestra madre comun.

«Al punto aquellas piedras, semejantes al mármol que el escultor trabaja con un hábil cincel, toman gradualmente la figura humana; sus facciones, confusas primero, se perfeccionan; pronto sus ojos brillan, sus fisonomías se animan, sus miembros se agitan; van á á andar.... ¡andan! El gran Júpiter les dice: Vivid.... ¡y viven!...

Numerosos aplausos de entusiasmo, que interrumpen á la seductora Erato, muestran á las Musas que la victoria está de parte de ellas por completo, y las hijas de Pierus lo comprenden tan bien, que se disponen á salvarse vergonzosamente, cuando de repente sus cuerpos se cubren de plumas negras y blancas, y todas vuelan gritando:

—¡Margót!... ¡Margót!... ¡Margót!...

Habian sido convertidas en urracas.

(Se continuará.)

ENVIDIA Y EMULACION.

La relacion que parece existir entre la *envidia* y la *emulacion* es la misma que hay entre el vicio y la virtud.

La envidia y la emulacion se ejercitan ó despiertan sobre un mismo objeto, que es el bien ó el mérito de los demás, con la diferencia de que la emulacion es un sentimiento espontáneo, noble y sincero, que embellece y alienta al alma, la hace aprovechar grandes ejemplos y la eleva muchas veces sobre lo que admira: la envidia, por el contrario, es un movimiento violento, contrario al mérito, que llega hasta negar la virtud donde realmente existe, ó que obligado á reconocerla, le rehusa los elogios ó envidia sus recompensas. Pasion estéril que deja al hombre en el estado en que se halla; que le llena de la idea de su reputacion; que le hace frio en sus acciones para con los demás, y no le deja ver en el mundo otros talentos que los suyos ó los de otros hom-

bres con los mismos de que él se envanece: vicio feo por sus excesos, que lleva siempre á la presuncion y la vanidad, y que no persuade al que lo tiene de otra cosa que de encerrar en sí mismo mas mérito que los demás.

La emulacion y la envidia no se hallan jamás sino entre las personas de un mismo arte ú oficio, del mismo talento ó de la misma condicion. Las personas menos instruidas son las mas sujetas á la envidia. Los que profesan artes liberales ó las bellas letras, como pintores, músicos, poetas, oradores y escritores, son los mas capaces de la emulacion. «Hacerlo mejor, es la dulce venganza contra los que excitan la envidia habiendo hecho bien.»

En el fondo, la envidia nada tiene de comun con la emulacion, tan necesaria á los verdaderos talentos. La primera es el veneno, la segunda es el alimento, igualmente gloriosa á los que de ella están animados, que á los que son su objeto.

E.

PENSAMIENTOS.

Bienaventurada la autoridad de los padres. Ella lleva en sí misma no sé qué fuerza de persuasion, qué influencia tan poderosa, que se apodera de nosotros y produce con el tiempo un cambio en nuestras ideas. La gran injusticia de los padres y de las madres de nuestros tiempos es el discutir demasiado con sus hijos: los inquietan para hacerlos consentir en sus mandatos mucho mas que para hacerlos obedecer sus órdenes; y en esto, que parece de poca importancia, cometen una imprudencia trascendental que contribuye no poco á la relajacion de los vínculos de la familia, por la perturbacion que desde luego introduce en las relaciones naturales de sus miembros. El discutir y argumentar con los hijos es una falta que consiste en prodigar la voluntad sin objeto, para usarla acaso en detalles de poca importancia. ¿Por qué las madres no tienen muchas veces otro recurso para hacerse obedecer que acudir á las fuentes de la ternura? Ellas obtendrian un doble resultado: lograrían de sus hijos la mas dulce sumision y desarrollarían al mismo tiempo en su corazon los mejores sentimientos. Por esta razon el corazon que ellas contribuyen á formarles los ha de conservar y hasta salvar. ¡Desgraciadas las madres que dejan pasar un dia sin abrazar á sus tiernos hijos!

La preferencia secreta que se advierte en algunos por una vida ociosa y desocupada, el honor que hacen á la pereza, la envidia y pesar con que suele mirarlas el trabajo, es un resto de las sociedades paganas. Mientras el trabajo deshonoraba, era este el destino de la esclavitud. La constitucion política no se sostenia mas que bajo la condicion de ver pasear en la plaza pública á todo el que se honraba con el título de ciudadano. Todo era suma-

mente fácil y todo alentaba para perder el tiempo por principio.

La sociedad moderna no tiene semejantes condiciones. Hallamos, sí, que la fortuna dispensa á algunos del trabajo material; pero basta tender la vista á todas partes para sentir y convencerse de que en nuestros tiempos reina una actividad general. Nada es mas frecuente que despertar de la indolencia con el ruido que el trabajo produce en derredor nuestro; y la fiebre de movimiento se comunica con facilidad aun á los mas perezosos. Si sus facultades no están consagradas á algun objeto bueno y útil, ó al menos no están absorbidas en una ocupacion cualquiera, parece que quieren armarse contra el trabajo y toda su fuerza se pone al servicio de las pasiones. De este modo es como la naturaleza toma su revancha contra sus malas pretensiones, lo que puede conducirlos á su desdicha, á debilitar las facultades del espíritu, herir las últimas fibras de su voluntad y concluir con las de su alma. Entonces ya no es posible salvarlos. Mientras que así todo se dispersa y destruye en ellos, echan de menos la paz que disfrutaban, como si fuesen aun capaces de otra cosa.

No os caseis jamás con un hombre que nada tenga que hacer, decia una jóven un dia á una de sus amigas; hablaba por experiencia: su marido entraba en el número de los parásitos del cuerpo social. No podia soportarse á sí mismo, y menos aun podia hacerse soportable, en tanto que pesaba sobre los que debia sostener. Desgraciadamente el número de personas que nada tienen de bueno ni de útil, bajo el aspecto del trabajo, no disminuye como debiera; porque son bastantes aun los que sin ocupacion alguna honrosa llenan los círculos de recreo, sobre cuyos mullidos escaños pasan y duermen noches enteras, adornan las puertas de los cafés, pueblan los sitios públicos y adornan los perímetros de los bailes. ¡Triste destino de aniquilamiento y haraganería que se tiene hasta por honroso, cuando hace al hombre figurar entre los ceros del mundo, que se precipita cada dia con mas ardor en las vias del trabajo!

R.

EL BUEN REY.

Luis XII, rey de Francia, subió al trono por el camino de la adversidad, y reinó con todas las virtudes de un buen monarca. Era un príncipe religioso, magnánimo, de un acceso fácil, amigo de la justicia y la verdad, lleno de amor hácia su pueblo, y su mas fuerte pasion era la de hacerlo feliz. En cambio, sus ojos paternales jamás se levantaban sin encontrar un amigo. Sus viajes eran triunfos: todos sus súbditos se apresuraban por encontrarle á su paso; los caminos estaban alfombrados de flores y yerbas aromáticas; en el aire resonaban gritos de alegría,

murmillos lisonjeros, y los votos que se hacían por la conservación de su vida. Los campesinos acudían de diez y veinte leguas á la redonda, lo rodeaban, y colmándole de alabanzas le llamaban el *Padre del pueblo*, título preferible á todos los que dá el heroísmo.

He aquí un rasgo de sus sentimientos paternales:

Un cortesano pidió á Luis la confiscación de los bienes de un rico propietario de Orleans que se había declarado abiertamente contra el príncipe, antes de su advenimiento al trono. «Yo no era, dijo, su rey cuando me ofendió; ahora soy su padre, y debo perdonarle y defenderle.»

UN LADRON BIEN EDUCADO.

Acaba de aparecer en el vecino imperio un bandido que, como verán nuestras lectoras, tiene las maneras más delicadas.

Mma. X***, propietaria de Noyon, se embarcó una mañana en la estación de esta ciudad, con objeto de hacer unos pagos en la capital del departamento vecino. La buena señora llevaba en un saquito de noche cuarenta mil francos en dinero y en acciones de ferro-carriles, y ya comprenderán ustedes si apretaría su prenda contra el corazón durante el viaje. Pero ¡cuál no sería el asombro de la infeliz, cuando al llegar al punto de su destino se encontró con que le habían escamoteado con la mayor limpieza el dinero y las acciones!... ¿Cómo se las gobernó el ladrón para dejar el saco limpio de polvo y paja sin forzar la cerradura? La pobre mujer se volvía loca, y á fé que el caso no era para menos.

Inmediatamente fué á dar la queja al comisario de policía, y acto continuo empezaron las investigaciones; todos los viajeros que la acompañaban fueron detenidos y se procedió á un registro universal; pero las pesquisas no dieron ningún resultado: sin duda el nuevo Macallister había desaparecido en el continuo trasiego de las estaciones intermedias.

La pobre madama X*** había perdido ya las esperanzas de encontrar sus cuarenta mil francos, cuando apareció el cartero con su voluminoso paquete dirigido á nombre de ella. Dentro se hallaban las acciones de ferro-cariles y una carta concebida en estos ó muy parecidos términos:

«Muy señora mía:

Restituyo á usted, con harto sentimiento de mi corazón, sus acciones de ferro-carriles, porque siendo nominativas y no al portador, no servirían más que para comprometerme. Podía muy bien haberlas destruido; pero yo soy un ladrón honrado y no quiero echar este crimen inútil sobre mi conciencia. Usted me permitirá que me quede con el dinero que las acompañaba;—la moneda es un documento cuya posesión no compromete á nadie, en particular cuando es de tan buena ley como la de los cuatro mil quinientos doce francos que pasaron á mi bolsillo desde el precioso *cabas* que tan cariñosamente opri-

mia usted contra su pecho. ¡Lástima es, mi respetable señora, que estas pícaras acciones nominativas no fueran billetes del Banco de Francia! Pero ¡cómo ha de ser! Por más que esta decepción haya herido la sensibilidad de mi alma, no debe uno abatirse por los reveses de la fortuna, y prometo á usted que trataré de consolarme con los cuatro mil y pico.

»Aprovecho, señora, esta ocasión para ofrecerla mis profundos respetos como su más atento servidor

Q. S. P. B.

Un compañero de viaje.»

Estamos seguros de que no existe en Europa un ladrón mejor educado que el autor de este robo y de esta carta.

Casi le dan á uno ganas de dejarse robar, para que le traten de un modo tan político y atento. ¡Qué diferencia entre este florido lenguaje y el que usaban los ladrones en tiempo de nuestros abuelos, cuando el pobre caminante se quedaba petrificado al ver la boca de un trabuco en línea recta de sus narices, y el oír estas palabras que sonaban en sus oídos como la trompeta del juicio final: *¡la bolsa ó la vida!*

HISTORIA DE UN BRAZALETE.

En un baile dado por una aristocrática generala, perdió la marquesita de Z*** un brazalete de diamantes, joya que no echó de menos sino al llegar á su casa, y cuando su doncella se puso á desnudarla. El brazalete era un regalo de su marido, y tal vez por esta causa manifestó un sentimiento extraordinario, que nada tenía de fingido, puesto que una palidez mortal cubrió sus mejillas al notar su falta.

En vano el marqués trataba de tranquilizarla, diciéndole que si había quedado en el baile no estaba perdido, y que al día siguiente se reclamaria. Luisa de Z*** no se calmaba por esto, y gritaba á cada paso con acento desconsoladísimo:

—¡Dios mío! ¡mas hubiera querido perder todas mis alhajas que ese brazalete!

—¡Pero, cálmate, Luisa!—respondía el marqués.—O te se cayó en el baile ó en el coche, y en ninguno de los dos sitios está perdido.

—¡Es igual!... lo habrán pisado, y sabe Dios si podrá volver á servir.

—En todo caso, no merece la pena que te apures de ese modo; se vuelve á montar, y ya tienes reparada la falta.

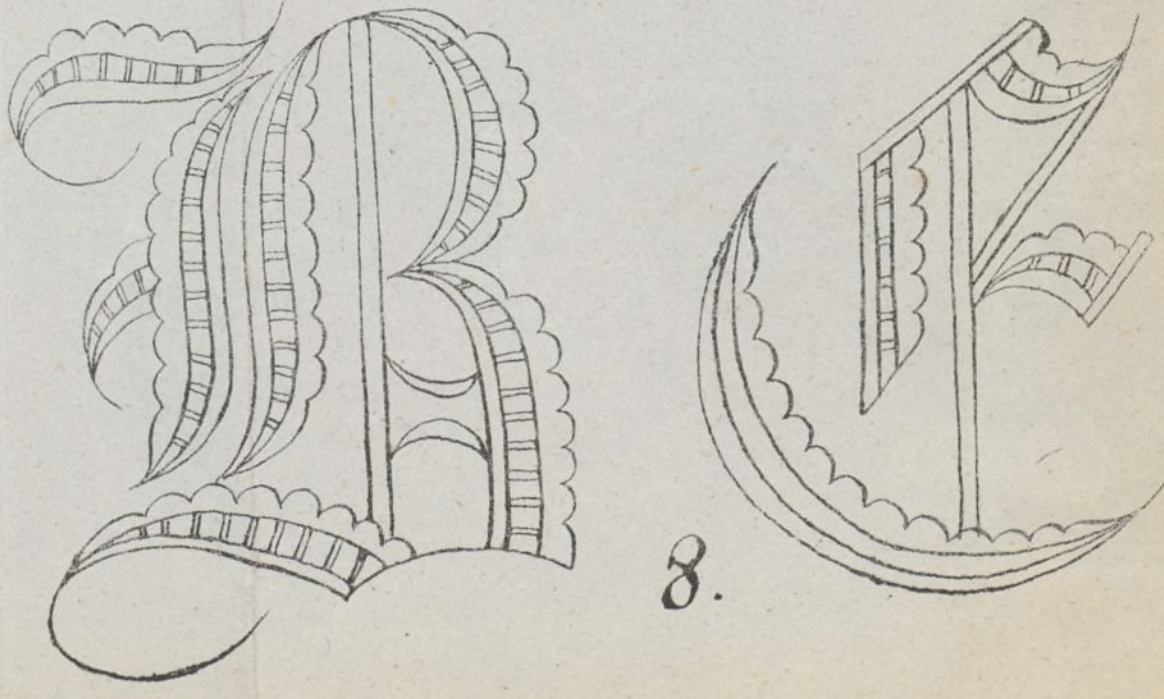
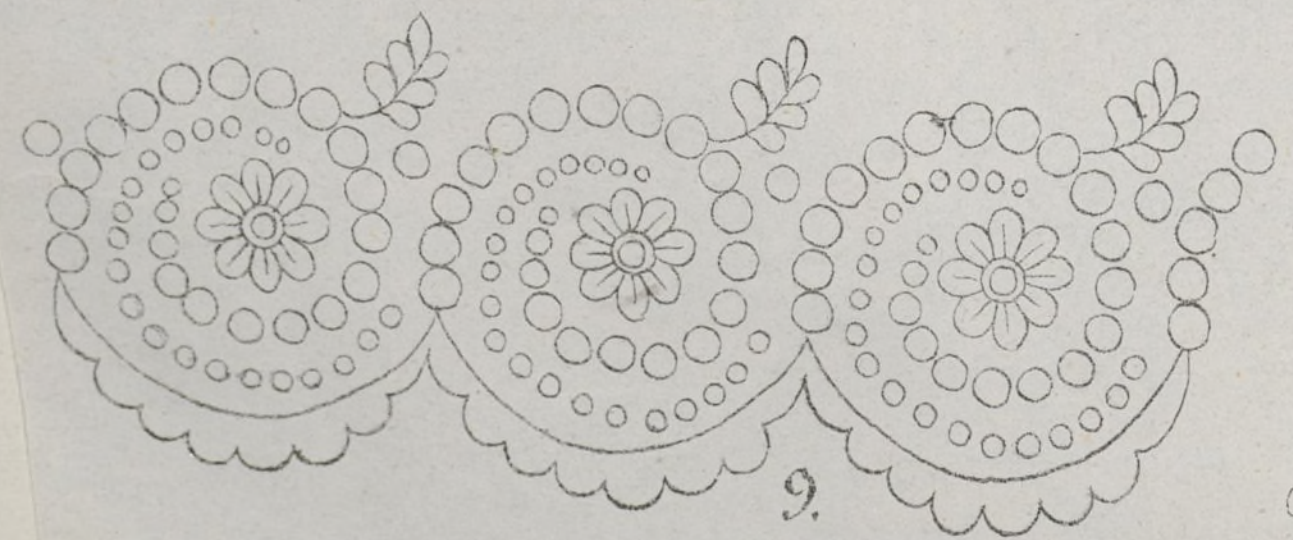
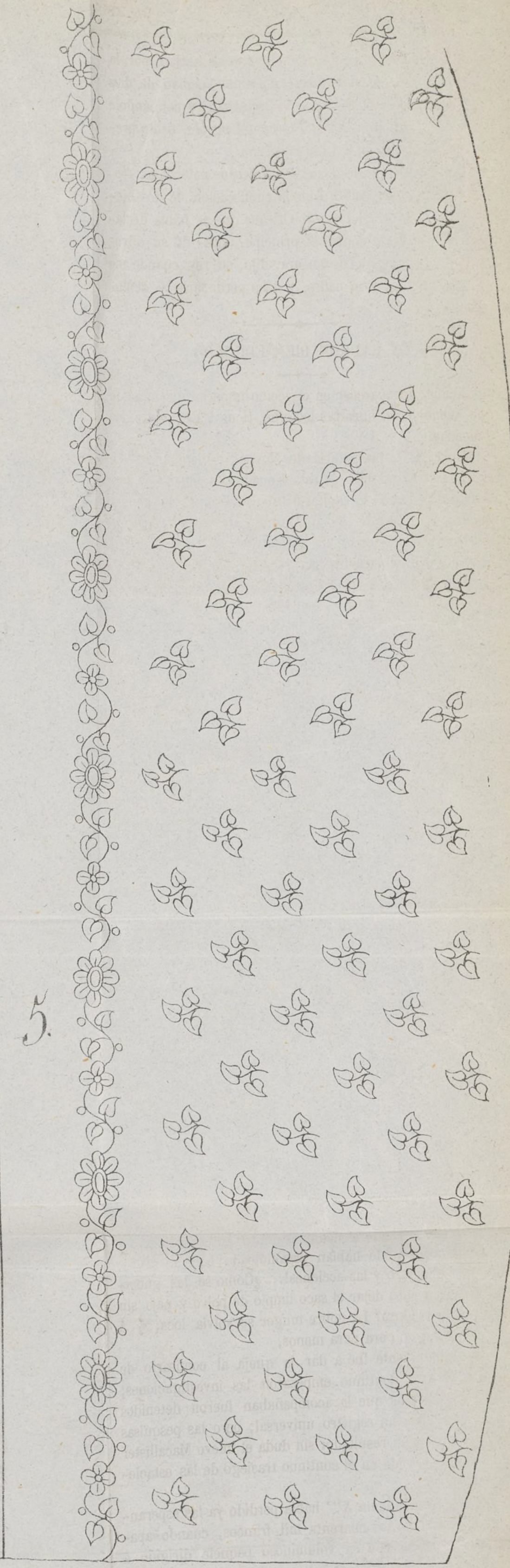
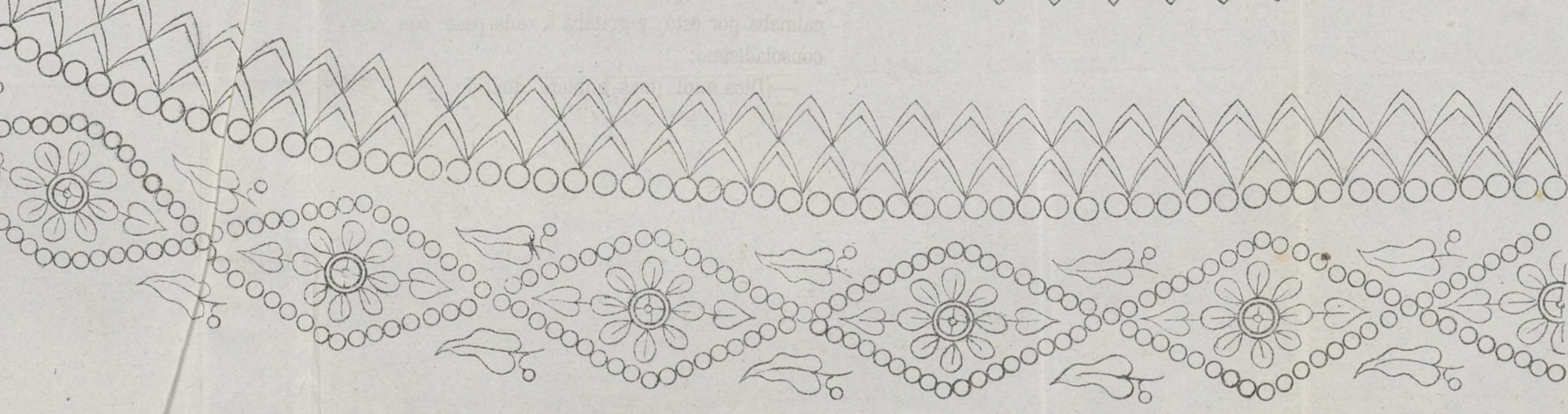
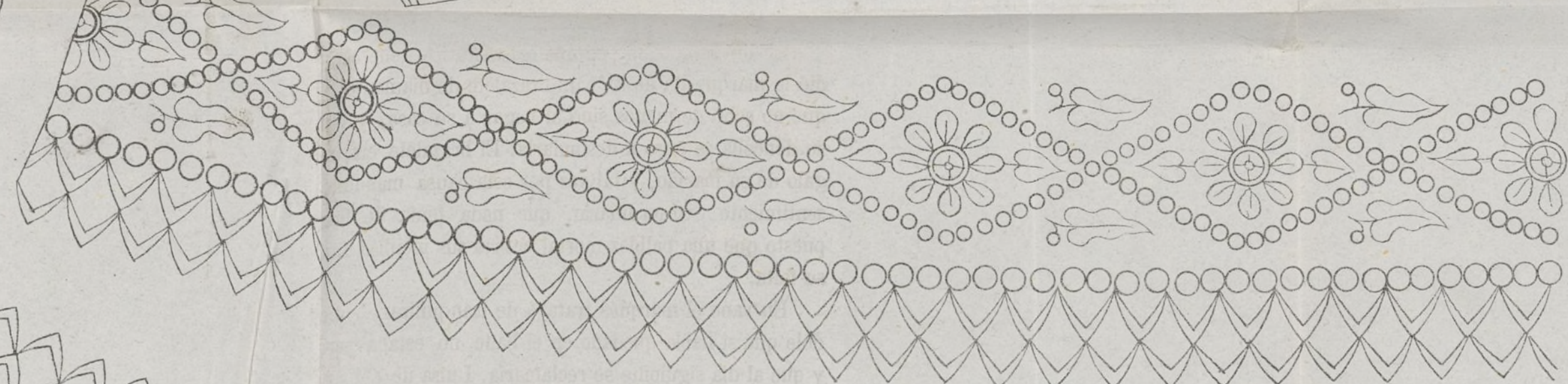
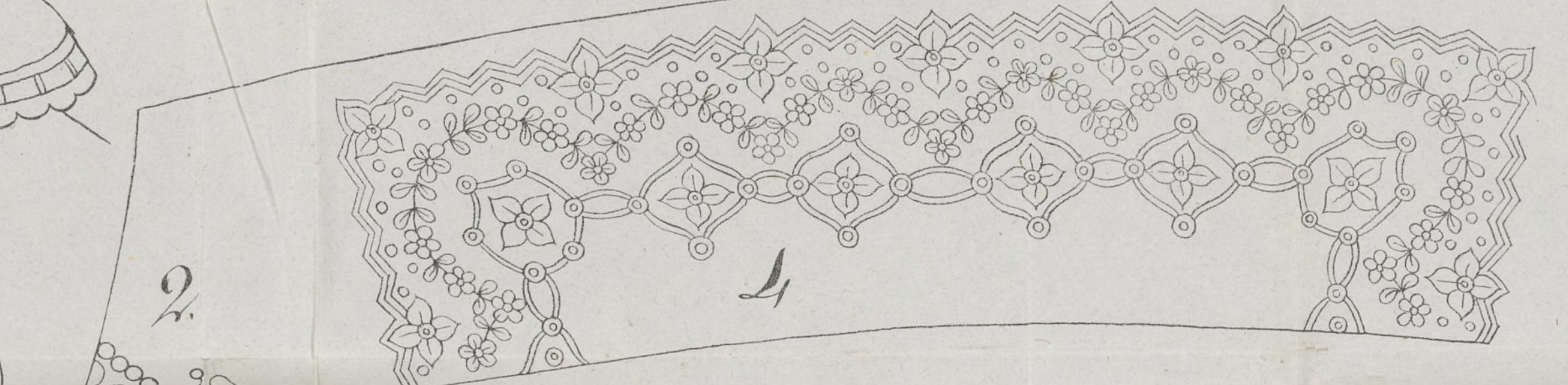
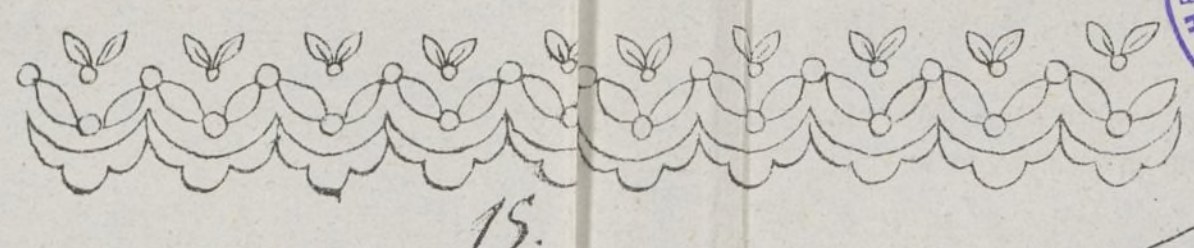
—¿Montarlo de nuevo? ¡oh, nó! estoy segura de que me lo echarían á perder.

—En fin, Luisa, tres mil duros más ó menos, no nos han de dejar pobres. Te compras otro, y aunque no vuelva á parecer.

A C

M P

L. EDUCANDA.
Febrero 1862.
HUERTA, 28, PAL. MADRID.



—¡Oh! no es por lo que vale, sino porque era un recuerdo tuyo, y hubiera querido tenerlo toda mi vida.

El joven marqués no durmió en toda la noche, pensando en el brazalete y en el sentimiento de su esposa.

Apenas fué de día, se vistió sin decir una palabra, y á pié y envuelto en su abrigo de pieles, tomó el camino del palacio de la generala.

Un lacayo salía por la puerta en aquel momento.

Al ver al marqués, se descubrió respetuosamente y le dijo:

—Señor marqués, en los salones del baile se encontró esta mañana un brazalete. La señora generala se figura habérselo visto puesto á la señora marquesa, y me manda llevarlo á casa de V. E.

—Pues no te incomodes, porque precisamente venia yo á buscarlo. Dámelo, y entrégale á tu ama esta tarjeta.

—La señora me habia encargado tambien decir á la señora marquesa que, sin duda bailando, puso alguno el pié encima del brazalete y le hizo saltar una piedra, que no ha podido encontrarse, por mas que se ha buscado.

En efecto, la alhaja tenia una fuerte abolladura, y le faltaba uno de los diamantes que en forma de estrella adornaban la parte superior.

El marqués tomó la joya, saboreando de antemano el placer de Luisa, á la cual amaba entrañablemente, y acto continuo se dirigió á casa de un diamantista para que, á ser posible, le compusieran el brazalete en la misma mañana.

Entró en casa de un acreditado joyero, y dijo al oficial que se hallaba en el establecimiento:

—Quiero que me compongan en seguida este brazalete, cueste lo que costare.

—Bien, caballero.

—Y que el diamante que le falta sea completamente igual á los otros.

—Descuide usted.

—Que no se conozca siquiera que ha estado abollado.

—Puede usted ir tranquilo y en la confianza de que quedará como nuevo.

—¿Y para cuándo estará?

—Para la hora que usted lo quiera: es cosa muy pronta.

—Pues entonces volveré á buscarlo despues de almorzar.

Y el joven marqués, loco de alegría, pensando en la sorpresa que iba á dar á su esposa, entró á desayunarse en una fonda.

Una hora despues, el precioso brazalete estaba en sus manos, y por mas que lo miraba y remiraba no podia conocer cuál era el diamante que acababan de ponerle: en cuanto á la abolladura, habia desaparecido completamente.

El marqués, satisfecho de la obra, metió mano al bolsillo y preguntó al artífice lo que le debia.

—Doce duros,—respondió este.

—¿Qué ha dicho usted?

—Doce duros.

—¿Pero está usted loco?

—Nó, señor: es lo que vale.

—¡Doce duros!

—Ya sabe usted, caballero, que en tales casos se paga tambien la precipitacion.

—¡Hombre, usted se equivoca!

—Aseguro á usted bajo mi palabra que no le llevo ni un real de mas.

El marqués miraba al artífice sonriendo y con cierto aire de compasion.

—Conque ¿doce duros por un diamante como este, por montarle y por componer la abolladura?

—¡Sí, señor! es poco mas de lo que importa el trabajo del operario.

—¿Y vende usted muchos á ese precio?

—¿Por qué, caballero?—preguntó el artífice un poco amostazado por las preguntas y por el tono burlon del aristócrata.

—Porque yo le compraria á usted unas cuantas docenas.

—Las que usted guste.

—Pero santo varon, ¿vá usted á venderme por doce duros ese diamante, cuando yo he pagado tres mil por el brazalete? ¿Está usted borracho?

El joyero cogió la alhaja precipitadamente, creyendo haber padecido una alucinacion, y la examinó á la luz.

—Nó, señor,—dijo volviendo á colocarla en manos de su propietario,—no estoy borracho, ni creo que haya usted pagado esa cantidad por este brazalete.

—Hace un año, en Bruselas, en casa del joyero Hierment.

—Pues le engañaron á usted miserablemente, caballero. Esta joya no vale sesenta duros. Los diamantes son imitacion en cristal de roca bien hecha, sí, pero ni mas ni menos que el que yo acabo de ponerle.

—¿Falsos estos diamantes?

—Sí, señor.

—¡Hombre, cuando yo digo que no está usted en su camisa!

—¿Quiere usted convencerse?

—¡Pues no he de querer!

El joyero hizo llamar á un colega vecino.

—¿Cuánto cree usted que vale este brazalete?—le preguntó.

—De sesenta á setenta duros.

El marqués se puso pálido como un difunto. Estaba seguro de que el brazalete comprado por él en casa de Hierment, de Bruselas, era de buena ley, y ahora se encontraba con diamantes falsos. Dos pensamientos cruzaron entonces por su imaginacion: ó se los habia cambiado el joyero, cosa muy poco probable en razon á que no

tuvo el tiempo que se necesita para semejante operacion, ó su esposa Luisa....

El joyero adivinó en parte su pensamiento, y se apresuró á decirle:

—Caballero, nuestra casa no es academia de juego de cubiletes, ni tenemos costumbre de hacer suplantaciones de esa naturaleza.

El joven marqués pagó los doce duros, tomó el brazalete y se dirigió á su casa á toda prisa.

—Vengo,—le dijo á su esposa,—de casa de la generala, y he recogido tu brazalete.

—Y ¿por qué te has incomodado en ir tú mismo? Yo mandé esta mañana á Tomás, y le dijeron que habias estado allí.

—¡Tóma! ya ves que nada le ha sucedido, y que no tenias razon en apurarte.

—¡Ay! ¡cuánto me alegro!

Mientras tanto, el marqués aparentaba examinar con atencion la malhadada joya.

—¿Sabes, Luisa que se me figura una cosa?

—¿Cuál?

—¡Que este no es el brazalete que yo te regalé!

La joven marquesa de Z*** se puso pálida y respondió con voz insegura:

—¡Qué aprension! ¿pues cuál habia de ser?

—Te diré,—continuó su esposo mirándola fijamente,—el engarce es el mismo; pero estos diamantes son falsos.

La palidez de la marquesa se cambió en una tinta rojiza de las mas subidas.

—Falsos, ¡qué locura!

—Tan falsos, Luisa, que lo sé por el mismo joyero que acaba de componérmelo.

—¡Ah! ¡perdóname, Juliol pero....

—Pero, ¿qué?

—Necesité hace dos meses dos mil duros, y no atreviéndome á pedirte los....

—¡Dos mil duros! y ¿para qué, hija mia?

—Para pagar una cuenta á la modista.... la cual me amenazaba con llevarme á los tribunales.

—Sigue.

—Y entonces....

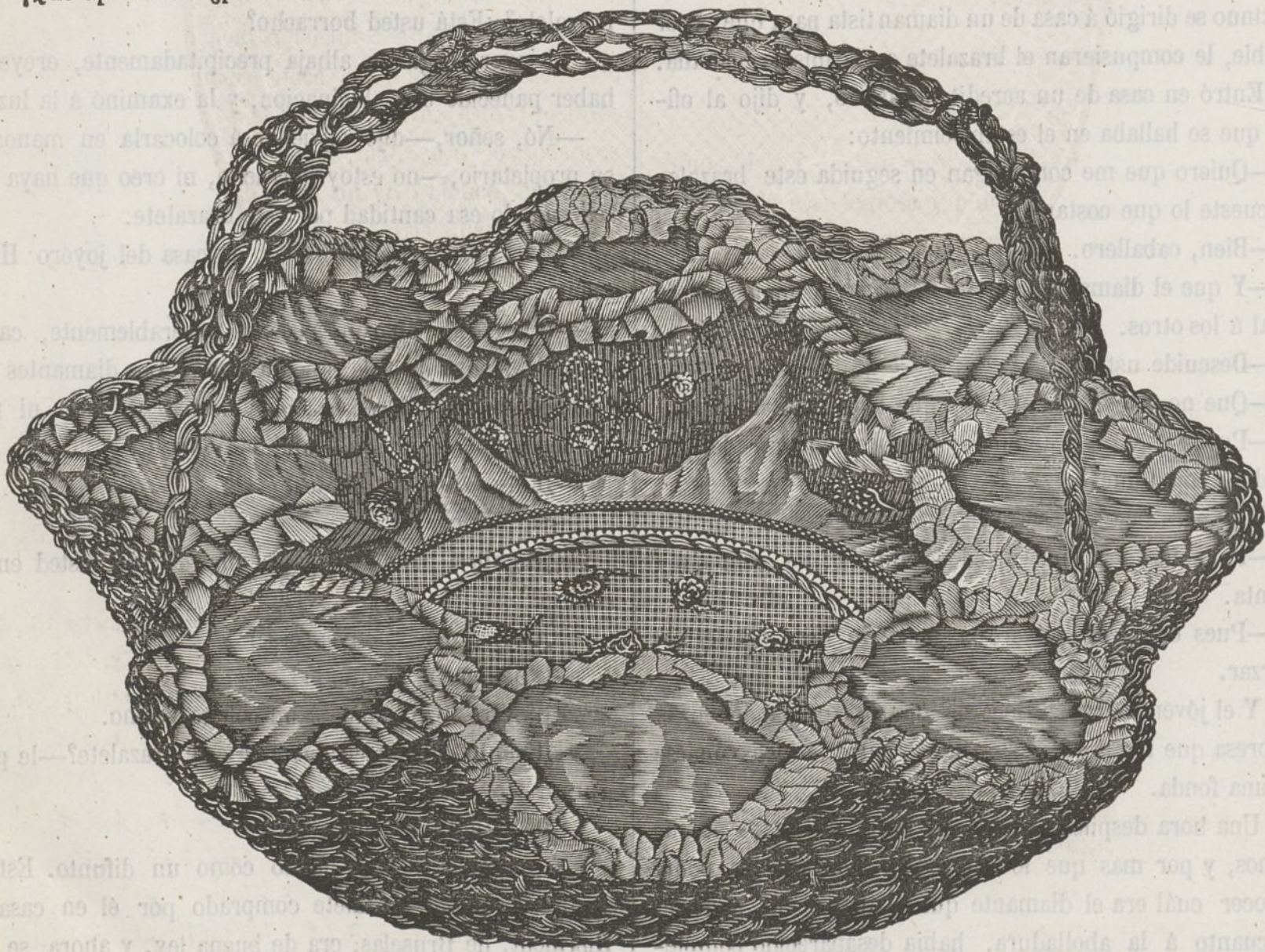
—Vendiste los diamantes que *deseabas conservar como un recuerdo mio*, sustituyéndolos con pedazos de cristal.

Luisa de Z*** inclinó la cabeza.

El marqués abrió el balcon y tiró el brazalete á la calle.

—Señora, otra vez, cuando necesite usted dinero, no tema usted nunca pedirselo á su marido; pero no se *degrade usted llevando alhajas de relumbron*.

T.



Cesta.

Para la ejecucion de esta labor se necesitan juncos y mimbres: un pedazo de tejido de lana ó de seda azul; otro

de tafetan del mismo color; una cinta estrecha de tafetan ó cualquier otro género, pero azul celeste; cordon redon-

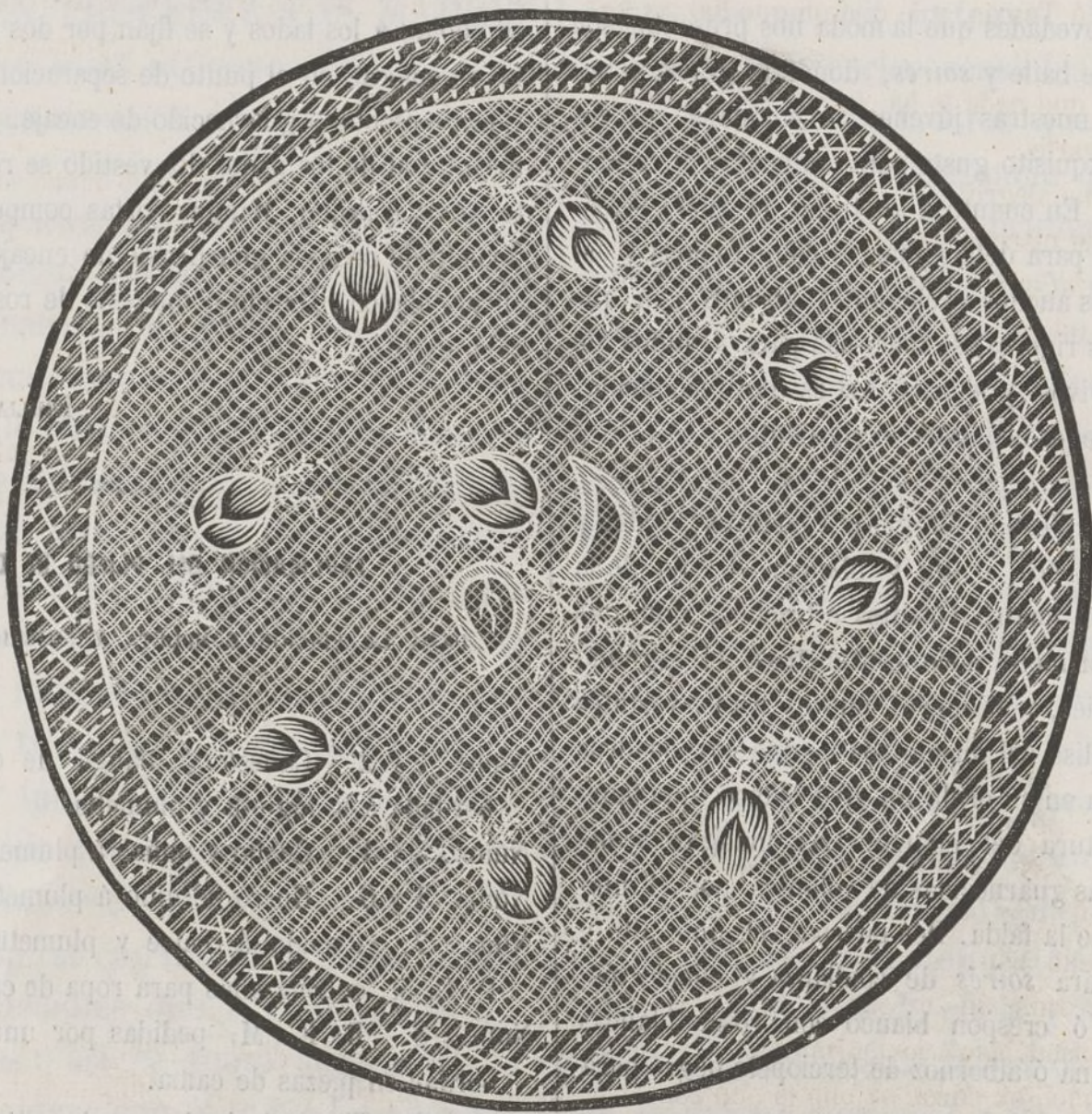
do de seda del mismo color; trencilla de seda blanca, rosa y verde de dos matices.

Esta cesta se destina á guardar todos los utensilios para labores especiales de señora, y se pueden hacer extraordinariamente elegantes, variando como se quiera su forma y combinando con el junco y mimbres algunos otros materiales de gusto, ó variando los colores de los adornos.

En este dibujo es imposible indicar la parte que es de junco y la de mimbre; sin embargo, la mayor parte de nuestras lectoras saben que estas materias se emplean

desde muy antiguo para la construcción de cestas. Así, pues, nos limitaremos á explicar de qué manera se puede adornar tanto en bordado como en los demás accesorios.

La cesta que sirve de modelo tiene la forma redonda y presenta en su borde, como indica el dibujo, ocho curvaturas salientes que arrancan del borde del fondo, que es enteramente redondo. En cada una de estas curvaturas hay un bolsillo bordado y guarnecido como el fondo. La tela para los bolsillos y el fondo puede ser seda ó lana azul celeste.



El dibujo núm. 2.º representa el fondo de la cesta. Se borda y guarnece dejando alrededor un poco de tela entre él y el borde formado por el cordon de seda: en el dibujo se vé perfectamente la línea que describe el cordon de seda y la de la circunferencia de tela que la rodea.

Para hacer este guarnecido, se tomará cordon de seda blanca y se pasará á los dos lados á punto de feston con seda rosa de un medio matiz. Despues se bordará un círculo á punto de espina sobre el mismo círculo y con la misma seda, pero de un matiz un poco mas subido que el que ha servido para sujetar el cordon.

Las pequeñas ramas de los botones de rosa sembrados por el fondo, se bordarán á relieve en seda verde y rosa. Los cálices de los botones se hacen al pasado con

seda floja, y del mismo modo su parte superior, á dos matices rosa.

En el boton del centro se ven dos grandes hojas, cuyos bordes se indican por líneas blancas, y se ejecutarán al mismo punto que los tallos con dos matices del verde. Las nervaduras se harán lo mismo, y los puntos blancos á punto de nudo.

Concluido el bordado del fondo, se pasa al de los ocho bolsillos, que deben corresponder al tamaño de las curvaturas del borde de la cesta; y cada una estará adornada de un boton igual á los del fondo. Hechos estos bordados, se guarnece ó forra el interior de la cesta con tafetan azul celeste, para lo cual se toma una tira cuyo ancho sea igual á la altura de la cesta, y se fija en ella

perfectamente, sujetándola por medio de algunos puntos que prenden en las mallas de la cesta. Luego que se forren del mismo modo las ocho piezas de los bolsillos, se fijan en el interior de la cesta en forma semicircular, debajo de cada una de las curvaturas de su borde, para formar una especie de saco que lleva en su boca un rizado de cinta de tafetan de centímetro y cuarto á centímetro y medio de ancho.

MODAS.

Las grandes novedades que la moda nos presenta, son propias de trajes de baile y *soirés*, donde la gracia y belleza personal de nuestras jóvenes se engalana con los adornos del mas exquisito gusto para aumentar el catálogo de sus triunfos. En cuanto á los trajes de calle, la estacion influye poco para determinar su composicion; y así es que, fuera de los anchos y elegantes abrigos con que se preservan de sus rigores, se hace uso para vestidos de los colores mas vivos y claros. Así es que recomendamos á nuestras jóvenes elegantes el siguiente

Traje de calle. Vestido de glase á cuadros verdes y blancos, azules y blancos, ó lila y blanco: el bajo de la falda guarnecido con cuatro volantes estrechos, que tienen de ancho, el primero doce centímetros, el segundo once, el tercero diez, y el cuarto nueve: estos volantes son de glase verde liso del mismo matiz que los cuadros de la falda, y llevan en su orilla un vivo blanco, que tambien vá en la costura del cuarto. Las mangas semi-anchas y con vueltas guarnecidas de volantes por el mismo orden que los de la falda. Dos cuerpos, el uno alto y el otro escotado, para *soirés* de confianza y conciertos. Sombrero de tul ó crespon blanco con rosas blancas y follaje verde. Talma ó albornoz de terciopelo negro para preservarse del frio.

Traje de baile. Falda de seda blanca con dos pequeños volantes de tul de algodón ó seda, de diez centímetros de ancho el primero, y de nueve el segundo: estos volantes están forrados, encañonados, con cabeza y separados por un espacio de cinco centímetros. Sobrefalda de tul blanco tan larga como la falda, pero fruncida en su largo á cada lado de las costuras que unen los paños. Este fruncido hace que la sobrefalda sea mas corta que la falda, unos treinta centímetros por delante, y veinte y cinco los restantes paños: sobre cada costura fruncida vá un bullonado de tul fruncido y con cabeza, atravesado por una cinta azul ó rosa, terminando en el bajo de la falda con un lazo á dos cabos. Como se advierte desde luego, los frunces de los dos paños de adelante están mas

recogidos. Cuerpo guarnecido de encajes; mangas bullonadas y cortas; ramo de rosas en el pecho y guirnalda de flores azules ó rosa, segun el color elegido para adorno del vestido.

Otro. Falda de tafetan rosa con un volante de veinte centímetros y un bullonado sobrepuesto del mismo tafetan. Sobrefalda de crespon rosa. Las costuras de los paños de esta están cubiertas con un bullonado de crespon rosa con encaje negro á cada lado pegado en llano, de cuatro centímetros de ancho. A los treinta y cinco centímetros de distancia de la cabeza del volante que guarnece la falda, se separan los paños de la sobrefalda, se doblan á los lados y se fijan por dos rosas: rosas iguales se colocan en el punto de separacion en la sobrefalda. Cuerpo escotado guarnecido de encaje. Un bullonado semejante al de los paños del vestido se remonta por delante sobre el pecho. Mangas cortas compuestas de un bullonado de crespon guarnecido de encaje negro y debajo encaje blanco. Tocado compuesto de rosas y caidas de encaje negro.

EMILIA R. Y R.

EXPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS

PARA LA EDICION COMPLETA Y SUSCRICION ESPECIAL.

- Núms. 1 y 2. Canesú y manga de camisa de señora bordada á la inglesa y plumetis.
 - Núms. 3 y 4. Cuello y puños á plumetis floreado.
 - Núms. 5 y 6. Gorro de niño á plumetis floreado.
 - Núm. 7. Escudo á realce y plumetis con las iniciales P. C. M. entrelazadas para ropa de cama.
 - Núm. 8. B. E. M. pedidas por una suscritora para bordar en piezas de cama.
 - Núm. 9. Tira á la inglesa y plumetis.
 - Núm. 10. Escudo con las iniciales L. N. á plumetis floreado.
 - Núm. 11. Guarnicion para ropa de niño.
 - Núm. 12. Iniciales pedidas por varias suscritoras.
 - Núm. 13. Tira á feston y realce.
 - Núm. 14. Iniciales pedidas para bordar en blanco al pasado.
 - Núm. 15. Tira á la inglesa.
- Varias iniciales pedidas por diferentes suscritoras.